

# LA ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA COMO NODO VERTEBRADOR DE LA FILOSOFÍA ANTROPOLÓGICA DE CHARLES TAYLOR

SONIA E. RODRÍGUEZ GARCÍA, *Buscando significados, reencantando el mundo. Ética, política y religión en Charles Taylor*, serie Medea 1, Universidad del Estado de México (Toluca), Buenos Aires: SB, 2020.

Javier SAN MARTÍN  
UNED

*jsan@fsof.uned.es*

Es un honor para mí presentar este libro que he visto nacer desde el principio y en el que he tenido algo que ver en su configuración estructural. Es, además, el primer libro de la serie Medea, que inicia el programa Vivas que ha instituido la Universidad del Estado de México como respuesta al problema de la violencia de género en la Universidad y en el propio Estado de México. Hacer público este texto, que es mi participación en la mesa de presentación del libro<sup>1</sup>, da plenitud a aquella presentación, que tuvo gran relevancia por ser la inauguración de la serie Medea propuesta y diseñada por mi querida amiga Marcela Venebra.

Este primer número de la serie es, además, un trabajo de la doctora Sonia E. Rodríguez, que trabajó conmigo de 2010 a 2014 cuando presentó lo fundamental de este trabajo como tesis doctoral. Este sería el segundo motivo de alegría y satisfacción. Pero hay un tercer motivo para ese sentimiento, y es la vinculación de este libro con la Universidad del Estado de México, en Toluca, ciudad que acogió mi primera visita a México, en 1998, para impartir un curso sobre Fenomenología para la paz en la Facultad de Ciencias de la Administración de esa Universidad.

---

<sup>1</sup> La presentación del libro tuvo lugar el 26 de enero de 2021 a través de un acto virtual organizado por la UAEM y contó también con la participación de Manuel Fraijó, Victoria Camps y José María Hernández.

Y antes de seguir quisiera agradecer a las personas que hicieron posible la serie, la publicación y el acto de presentación, primero, el señor Rector en aquel momento, Dr. Alfredo Barrera Baca, a quien no tengo el gusto de conocer personalmente, pero de quien sé muy bien el empeño, tesón y firmeza con que ha impulsado el programa Vivas, en cuyo seno se publicó el libro y se llevó a cabo la presentación que dio origen a este texto. Sin su firme voluntad, el programa, en todas sus facetas, no hubiera sido posible. Agradezco también al Secretario de Investigación, Carlos Eduardo Barrera Díaz, y a la Directora de Difusión y Promoción de la investigación, maestra Susanna García Hernández, pues sin su apoyo no habría sido posible esta publicación. Por supuesto, vaya mi agradecimiento también a la doctora Marcela Venebra por acoger como número uno de la serie Medea el libro de la doctora Sonia E. Rodríguez.

Y antes de citar el último punto que me suscita una gran emoción, quiero aclarar que esta reseña es un poco especial porque, en la mesa de la que procede, cada uno iba a tocar una parte del libro de acuerdo con su especialidad; a mí me correspondía más una visión global del libro, de su sentido y del contexto de elaboración, dejando para los otros miembros de la mesa centrarse en las diversas partes, Victoria Camps en la parte ética, José M.<sup>a</sup> Hernandez en la política y Manuel Fraijó en la parte cuarta dedicada a la religión. Ahora se puede ya leer una magnífica reseña recién publicada en el número 65 de *Isegoría*, escrita por Diego Alonso Picarzo Jiménez, en la que se explica con pulcritud y claridad el contenido de las diversas partes.

Con esto sigo con el contexto del libro, porque, como he dicho, aún me queda un cuarto punto de mi satisfacción por participar en la presentación de este libro, pero este punto ya está más ligado al contenido de la obra. En efecto, en la página 5 aparece la dedicatoria de la obra a Javier Muguerza: “Con eterno cariño y gratitud”. No tendría más importancia esa dedicatoria que la expresión de un sentimiento personal de la autora, pero para mí suponía mucho más que ese sentimiento personal. En efecto, esa dedicatoria traía a mi recuerdo el acto de presentación de la tesis el 30 de junio de 2014, una tesis que inicialmente dirigía Javier Muguerza y que, por razones administrativas, empecé codirigiendo también yo, ya que Javier Muguerza estaba en esas fechas de profesor emérito.

La progresiva pérdida de salud de Javier hizo que sobre todo los dos últimos años fuera yo el que asumiera lo fundamental de la dirección de la tesis. Y así llegamos a la defensa en un acto que yo sabía con triste certeza que era el último acto académico de Javier Muguerza, que entonces estaba a pocos días de cumplir

sus 78 años. Cuando el Tribunal dio la palabra a los doctores presentes en el aula y me tocó hablar, la emoción me atenazó. Sabía el significado que ese acto tenía, estando también seguro de que para la mayor parte de los asistentes era un significado ausente.

Es curioso esto, que un significado pueda ser real en un momento y a la vez estar ausente de la mayoría de los presentes, y que en esto que estoy diciendo no haya ninguna contradicción. Sé que para los positivistas o materialistas rígidos esto resulta algo ridículo. Para ellos el sentido o el significado es algo incluso “perverso”, como en cierta ocasión me espetó Gustavo Bueno, al oír mi definición de la cultura como el sentido que anima las cosas. Para Gustavo Bueno la palabra ‘sentido’ era la más perversa y sediciosa de la filosofía. Sentido y significado están muy pegaditas.

Pues bien, ese acto, que en cierta medida se repitió en la presentación del libro, y que ahora se rememora en la publicación de aquellas palabras mías y así se vuelve a repetir, aunque sea en un sentido profundamente distinto, me conmovió hasta dificultar mi expresión, primero, porque sabía, y muy pocos de los allí presentes lo sabíamos, que era la última aparición en público de Javier Muguerza. De los que estábamos en la sala solo lo sabíamos cuatro o cinco personas. Por tanto, por ese concepto, el significado personal profundo de ese acto se escapaba a la mayoría de los asistentes. Era un significado del acto que se estaba desarrollando presente en algunos, pero inexistente en la mayoría.

Sin embargo, siendo muy importante ese sentido para provocar mi emoción debido a mi agradecimiento para con Muguerza, no fue suficiente para la intensidad de la emoción que me embargó cuando tuve que hablar. El significado de Javier Muguerza era para mí muy grande. De hecho, estaba yo en ese momento y lugar gracias a él, que en la primavera de 1979 me había invitado a venir a la UNED desde la Universidad de Santiago en la que yo estaba; después fue él quien en el departamento ratificó mi línea de investigación, una antropología filosófica con una orientación práctica que, aun contando con la antropología cultural, iba más allá de cualquier ciencia social. La antropología cultural se enfrentaba a la filosofía en una actitud desvalorizante, que Javier Muguerza había tenido que soportar en la Universidad de la Laguna, en Tenerife (Canarias), donde la asignatura Antropología del plan de estudios tenía una orientación de antropología cultural. Con ese motivo comentaba Javier Muguerza, con cierta sorna e irreverencia, que, como ejercicio práctico, mandaban a los chicos a contar cabras por las casas de las aldeas de Tenerife.

A pesar de todo, esa antropología filosófica en el departamento seguía siendo la hermana menor de la Filosofía. Incluso en el plan de estudios promovido por el propio Javier Muguerza, recordando sus inicios pegados a la filosofía analítica, la lógica y la Historia y Filosofía de la ciencia, tenían un gran predominio, que costó mucho reconducir a un equilibrio de materias y áreas. En ese plan la Antropología filosófica solo era una asignatura optativa. Ese rasgo secundario de la materia que yo impartía lo había llevado con estoicismo a lo largo de mis primeros veinte años en la UNED. Luego cambió la situación al instaurar el nuevo plan de estudios, pero, si se produjo ese cambio, fue porque en todas las facultades de Filosofía de España (excepto en la Autónoma de Barcelona) se consolidó el estatuto de la Antropología filosófica como materia troncal de Filosofía.

Y aquí viene ahora el motivo que se añade al que ya he citado para aquella emoción de la que he hablado. Y es que la tesis —ahora libro magnífico— de la doctora Rodríguez descubre en el proyecto filosófico de Charles Taylor una antropología filosófica como filosofía primera, que da pie a una filosofía antropológica desarrollada en cada una de las tres navegaciones por las que discurre el pensamiento y la filosofía de Taylor. En la tesis de la doctora Rodríguez yo veía una confirmación muy satisfactoria de toda mi trayectoria filosófica defendida además —y de modo muy brillante— delante de mi departamento en la defensa de la tesis, ahora convertida en este libro. Aquel estoicismo con que yo había vivido una consideración menor de la Antropología filosófica dio rienda suelta a la pasión al ver que un autor como Charles Taylor tan estimado en la escena pública filosófica, en realidad seguía una trayectoria muy semejante a la que yo, en apariencia, había llegado por sendas distintas.

Cierto que en un momento confiesa la doctora Rodríguez, a saber, en la página 258, que es “consciente de que la defensa de la antropología filosófica como filosofía primera es un tema controvertido”, que, además, no estaba en el punto de partida inicial, pero que en el trascurso de la investigación se convirtió en tema central. Y este es el gran mérito de este libro: descubrir una perspectiva sobre Charles Taylor profundamente desconocida, a pesar de estar ahí a la vista de quien quisiera verla o investigar a Taylor libre de prejuicios. En este sentido, Charles Taylor es uno de los autores contemporáneos más conocido por cuestiones de su filosofía importantes, pero desde una perspectiva sistemática secundarias, e ignorado de modo prácticamente total el significado real de su filosofía.

Empieza el libro con una cita de un artículo sobre Hegel, en la que se viene a decir que para conocer algo toda perspectiva vale. Es decir, no hay perspectivas

falsas; en toda perspectiva se presenta el objeto, en nuestro caso el pensamiento de Taylor; pero sí hay una jerarquía en las perspectivas —y parece que seguimos al Ortega de “Unas gotas de fenomenología” de *La deshumanización del arte*—: en unas el objeto se abre, en otras se cierra. Esto, que Ortega describía de modo hermoso, nos sirve para entrar en la filosofía de Taylor, de modo que se abra en canal, llegando a lo más íntimo de ella, lo que hasta este libro no se había dado. En ese sentido, esta obra marca un hito en el acercamiento a una filosofía tremendamente adecuada a nuestro tiempo. Esta perspectiva, que permite ordenar la inmensidad de escritos de Taylor, es la explicada en este magnífico y profundo libro de la Dr.<sup>a</sup> Rodríguez.

Antes de exponer con la brevedad del tiempo de que dispongo esa perspectiva, quiero hacer una consideración sobre la armonía que ha conseguido la Dr.<sup>a</sup> Rodríguez en este ensayo. El libro consta de cuatro partes; cada parte tiene tres capítulos; y cada capítulo tiene tres apartados. También las diversas partes tienen una extensión parecida; si la primera supera en algo las cuarenta páginas, las otras tres oscilan en torno a las sesenta. Cada capítulo también cuenta con en torno a veinte páginas. Estos datos dan una visión muy armónica del libro; este es el principal cambio en el paso de la tesis al libro, aparte de algunos ajustes para conseguir ese desarrollo armónico.

Y para terminar quiero indicar algunos puntos de la primera parte, pues ya he dicho que, en la mesa, a mi me correspondía exponer el sentido y contexto de la obra, lo que se hace ver principalmente en la parte inicial. Es muy emotivo el relato que se hace del itinerario de la investigación hasta que la entonces doctoranda Sonia E. Rodríguez encuentra el camino. Y no es que el camino estuviera escondido. Pero es tal el cúmulo de prejuicios con los que se ha encontrado la filosofía de Charles Taylor en la opinión filosófica, que era prácticamente impensable no acceder a él desde perspectivas que no fueran sino la ética y la filosofía comunitarista.

La Dr.<sup>a</sup> Rodríguez se acercó desde la ética, pero hasta que no encontró la antropología filosófica perduró su desorientación. En ese paso hay una especie de metáfora de la ética iniciada con Javier Muguerza a la antropología filosófica de la que además la Dr.<sup>a</sup> Rodríguez era docente conmigo en la asignatura, en la que se enseñaba justo ese enfoque promovido por Taylor y al que yo había llegado por caminos distintos de él, pero en el fondo también muy cercanos; en efecto, si en él el encuentro con Merleau-Ponty había sido decisivo en los años de su doctorado, como se refleja en el artículo de 1958, sobre “El mundo

pre-objetivo”, también para mí el punto de partida de Merleau-Ponty había sido decisivo, porque de él parto en una de las tesis fundamentales que la Dr.<sup>a</sup> Rodríguez conocía de mis apuntes de filosofía, la tesis del doble humano, ser un ser sobre el que se cierra el universo de la ciencia, ser, así, una parte del mundo, y a la vez no ser ese ser sobre el que se cierra el universo de la ciencia. Esta duplicidad de naturaleza y espíritu, duplicidad que somos ineluctablemente, es de modo seguro el punto de partida de Taylor y de Merleau-Ponty, pero porque es el punto de partida de la fenomenología de Husserl.

Hay un aspecto fundamental que se explica muy bien en el libro y que yo quisiera recordar en este momento. Uno de los elementos claves de Taylor es la superación de la epistemología. Este aspecto está en relación con la forma de entender la fenomenología propia de Merleau Ponty y Heidegger, y, en este caso, creen que en oposición a Husserl. A este respecto tengo que decir que Taylor interpreta correctamente la fenomenología de Merleau-Ponty, pero no en lo que éste opondría a la husserliana, sino porque lo que hace Merleau-Ponty es una continuación y exposición en abierto de lo que en la fenomenología husserliana estaba no publicado, pero en una gran medida desarrollado por Husserl en manuscritos.

La superación de la epistemología lleva a atender a los supuestos antropológicos que posibilitan la misma epistemología. La superación de la epistemología como filosofía primera propia de la modernidad es por la necesidad de atender al ser humano que está en el mundo, no como un mero espectador —un sujeto cognoscente— sino en la urdimbre de un ser encarnado que accede al mundo desde los impulsos y motivos para hacer su vida, por tanto, en una urdimbre del instinto vital, que lleva al conocer, sentir (valorar/desear) y hacer.

La filosofía primera tiene que explicitar y formular las dimensiones trascendentes de la vida humana, las dimensiones invariables de la vida, que luego discurrirá en los tres grandes campos temáticos que se tratan en los tres apartados que magistralmente desarrolla el libro, los valores y el bien, que constituyen el contenido de lo que valoro y debo valorar y, por tanto, debo hacer, la ética. Luego la acción social, porque el ser humano como ser dialogante sólo vive en sociedad, nos da la filosofía política. Por fin el estudio de toda esa faceta que nos ronda en la vida, del conocimiento del otro lado de la muerte, lo que es más que la vida entre el nacimiento y la muerte, la trascendencia de la vida, el elemento religioso, que constituye la religión. Estos tres campos se enraízan en la antropología filosófica que se explica en la primera parte para dar paso a las otras tres.

En resumidas cuentas, una excelente y muy novedosa aproximación a Charles Taylor, que obliga a cuantos quieran acercarse al reputado filósofo canadiense a tomar en consideración esta primera obra de la serie Medea, si quieren estar a la altura del conocimiento al que ya se ha llegado.